

»brand. Apiadaos de mí, y desead que pueda renoverme, en tanto que como un enfermo voluntario, »bebo un antidoto de Eysell contra mi fuerte corrupción.... No puedo sin embargo confesártela por temor que te deshonres deplorando mi falta. No puedes dispensarme el honor de favorecerme en público »sin quitar honor á tu nombre, *unless thou ake that »honour from thy name.*»

Han creído algunos comentadores que Shakespeare tributaba homenaje á la reina Isabel ó á lord Southampton simbólicamente transformado en querida. Nada mas comun en el siglo XV que semejante misticismo de pensamiento, y tal abuso de alegoría: Hamlet habla de Yorik como de una mujer cuando los sepultureros encuentran su cráneo: «¡Ah, pobre »Yorik! yo le he conocido, Horacio era un alegre »compañero dotado de exquisita imaginación..... »Allí estaban adheridos aquellos labios que yo he besado no sé cuantas veces!» That y have kiss'd, y know not how oft! En tiempo de Shakespeare aun no se habia introducido la moda de besar en la mejilla: Hamlet dice á Yorik lo que Margarita de Escocia dijo á Alain Chartier.

De todas maneras, muchos de sus sonetos fueron indudablemente dirigidos á mujeres. Algunas de esas efusiones eróticas están desfiguradas por sutilezas y juegos de palabras; pero su armonía le valió al autor el sobrenombre de *poeta de la lengua de miel*. Desde Cátulo vienen los discípulos de las Musas, tratando de darse prisa á cojer del tallo la rosa antes que se marchite; Shakespeare habla con mas claridad: invita á su amiga á renacer en una hermosa niña, la cual renacerá á su vez en otra, y así de seguida: ese es el medio mas seguro de coger la rosa antes de marchitarse.

El creador de Desdémona y Julieta se iba envejeciendo sin dejar de estar continuamente enamorado. ¿La mujer desconocida á quien se dirigía por medio de hermosos versos, se consideraba feliz, se envejecía de ser el objeto de los sonetos de Shakespeare? bien puede dudarse: la gloria es para un anciano lo que los diamantes para una vieja; la adornan, pero no la embellecen.

*My love is strengthen'd, though more weak in seeming, etc.*

«Mi amor se aumenta, aunque en apariencia es »mas débil.... nuestro nuevo amor se hallaba todavía en la primavera, cuando yo acostumbraba saludarlo con mis versos; así es como Filomena canta al »principiar el verano, y va reteniendo los suspiros á »proporcion que los días van llegando á su perfección, »no porque el verano sea ahora menos dulce que »cuando los himnos melancólicos del ruiseñor »silenciaban (imponían silencio á) la noche, sino porque »ahora de cada rama se eleva una nueva melodía, y »las cosas agradables pierden su mas preciado encanto cuando llegan á hacerse comunes. Imitando al »ruiseñor, suspendo alguna vez mis canciones para »no cansaros con ellas.»

*Thar time of year thou may'st in me behold, When yellow leaves, or none, or few, do hang, etc.*

«En mí puedes contemplar aquella estación en que »algunas hojas amarillentas penden de las ramas que »se estremecen al soplo de la brisa, bóvedas ruinosas »y despojadas donde en otro tiempo gorgaban las »avejilladas.... En mí puedes ver el rayo de un fuego »que se extingue sobre las cenizas de su juventud, »como sobre el lecho de muerte en que espira, con- »sumido por lo que servía de pábulo. Estas cosas, que »ves, deben hacer que tu amor sea mas solícito en »amar un bien que no tardarás en perder.»

*For longer mourn for me, when I am dead; Than you shall hear the surly sullen bell, etc.*

«No lloreis largo tiempo por mí cuando habré muerto: oireis la triste campana, suspendida en lo alto, »anunciar que he huido de este mundo vil para habitar con los gusanos que aun son mas viles. Si leéis »estas palabras, no recordéis la mano que las ha escrito: es tanto lo que os amo que quiero ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si mi memoria »os ha de producir el menor desconsuelo. ¡Ah! si le »gais á fijar una mirada en estos renglones cuando yo »no seré mas que una masa de arcilla, no repitais mi »pobre nombre: desvanézcase vuestro amor juntamente con mi vida.»

Mas que la sensibilidad, la pasión y la profundidad dominan en esas composiciones la poesía, la imaginación y la melancolía. Shakespeare ama; pero el amor no le inspira mas fe que otra cualquiera cosa: para él una mujer no es mas que un ave, una brisa, una flor, un objeto que encanta; pero que pasa con presteza. Al contemplar la indiferencia con que miraba su celebridad, ó la ignorancia que de ella tenia, al verle aislarse de la sociedad, desviándose de las condiciones á que podia aspirar, no parece sino que Shakespeare consideró la vida como una hora ligera y desocupada, como un pasatiempo rápido y agradable.

Los poetas profesan mas amor á su libertad y á su musa que á su querida. El papa ofreció al Petrarca secularizarlo á fin de que pudiera casarse con Laura: el Petrarca contestó al favor de su santidad diciendo: «*Aun tengo que hacer muchos sonetos.*»

Shakespeare, ese espíritu tan trágico, sacó sus tonos patéticos del exceso de su ironía y del desprecio de sí mismo y de toda la raza humana: de todo dudaba: *Perhaps* (acaso) es una palabra que no se aparta de sus labios, Montaigne al otro lado del mar no se cansaba de repetir. «Tal vez. ¿Quién sabe?»

SHAKESPEARE EN EL NÚMERO DE LOS CINCO Ó SEIS GRANDES GENIOS DOMINADORES.

Concluyamos.

Shakespeare es uno de los cinco ó seis escritores que han bastado á las necesidades y al alimento de la poesía, esos genios matrices, parece que han creado y educado á todos los demás. Homero fecundó la antigüedad; Esquilo, Sofocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio son hijos suyos. Dante engendró la Italia moderna desde el Petrarca al Taso. Rabelais creó la literatura francesa; Montaigne, La Fontaine y Moliere son vástagos del aquel tronco. La Inglaterra es enteramente de Shakespeare, y hasta en nuestros tiempos ha dado su lenguaje á Byron, y la forma de su diálogo á Walter-Scott.

No falta quien con frecuencia reniega de esos maestros supremos, ni quien se subleva contra ellos: se les acusa de pesadez, de extravagancia, de mal gusto al propio tiempo que se hace alarde del trofeo de sus despojos; pero en vano es agitarse bajo su yugo. Todo se tiene de sus colores: no hay rincón donde no se hayan estampado sus huellas. Los nombres y las palabras que aquellos grandes maestros inventaron han aumentado el vocabulario general de los pueblos: sus dichos y sus expresiones se han convertido en proverbios, y sus personajes imaginarios han llegado á ser realidades, y son ya hijos de solar conocido. Ellos abrieron nuevos horizontes de donde continuamente siguen brotando nuevos haces de luz; ellos sembraron ideas de las que germinan otras innumerables; ellos dieron la imaginativa, el asunto, y el estilo á todas las artes; sus obras son minas inagotables; son las entrañas del espíritu humano.

Son talentos que ocupan el primer puesto: lo inmenso, lo variado, lo fecundo, lo original que en ellos resplandece los dan desde luego á conocer como ley, ejemplar, molde y tipo de las demás inteligencias,

así como hay cuatro ó cinco razas de hombres de los cuales todos los demás no parecen sino matices ó ramificaciones. Guardémosnos bien de insultar el desorden en que alguna vez caen aquellos seres poderosos: no imitemos la conducta de Cam el maldito; no nos riamos, si por casualidad encontramos desnudo y dormido á la sombra del arca encallada en la cumbre de las montañas de Armenia, al único y solitario marinero del abismo. Respetemos á esa marinero diluviano que volvió á dar principio á la creación después de haberse agotado las cataratas del cielo: seamos hijos piadosos, que deseando merecer la bendición de nuestro padre, lo cubramos públicamente con nuestro manto.

No pensó Shakespeare mientras gozó de la existen-

cia vivir mas allá de la tumba ¿qué le importa en la actualidad nuestro cántico de admiración? Admitiendo todas las suposiciones, discurrendo con arreglo á todas las verdades y á todos los errores de que está penetrado ó imbuido el espíritu humano ¿qué le importa á Shakespeare una celebridad, cuyo rumor no puede llegar hasta él? Si le cupo la suerte á que siendo cristiano pudo aspirar ¿qué le importará la vanidad del mundo ahora en el seno de las eternas felicidades?... Nada tan vano como la celebridad después del sepulcro, con tal que no haya hecho revivir la amistad, con tal que no haya sido útil á la virtud, ó socorrido á la desgracia, pues en tal caso alla en el mismo cielo nos concederá la fruición de una idea consoladora, generosa y salvadora dejada por nosotros sobre la tierra.

## TERCERA PARTE.

### LITERATURA BAJO LOS PRIMEROS ESTUARDOS Y DURANTE LA REPUBLICA.

#### LO QUE INGLATERRA DEBE Á LOS DOS ESTUARDOS.

Al solo nombre de Estuardo surge en la mente la idea de una larga tragedia. Pregúntase si no habria convenido mas que Shakespeare hubiera nacido en esa época; no habria convenido, porque entonces el gran trágico agitado por el torbellino de la revolución, no hubiera tenido ocasion de desarrollar las diversas partes de su talento, ó tal vez lanzándose en la senda de la política, no habria producido nada y los hechos habrian devorado su existencia.

La Gran Bretaña debe á la raza de los Estuardos dos cosas inapreciables para una nación, la fuerza y la libertad. Jacobo I, al unir la corona de Escocia á la de Inglaterra, reunió los pueblos de la isla en un solo cuerpo, y dió fin á la guerra extranjera. La Escocia tenia alianzas continentales: casi todas las veces que entre Francia é Inglaterra estallaban hostilidades, la Escocia solia ponerse al lado de la primera. Si Escocia no hubiese ya estado incorporada á Inglaterra en 1792, esta no habria podido sostener la prolongada lucha de la revolución.

Por lo tocante á la libertad inglesa puede decirse que los Estuardos la fijaron combatiéndola: Carlos I la pagó con su cabeza, y Jacobo II, con su raza.

#### JACOBO I. — BASILICÓN DORON.

Figuran las medianías en las respectivas épocas de su existencia por la razon de ser naturalmente molestas, intrigantes, y envidiosas y porque de lo vulgar de los hombres y las cosas se compone el aparato del mundo, pero una vez pasada aquella época, nada seria capaz de resucitar á la turba vulgar, que desengañada ya por la buena fe de la muerte, se llenaria de asombro al verse devuelta á la vida, y ni siquiera acertaria á tenerse de pié. Algunos personajes son los únicos que permanecen en el antiguo lienzo del tiempo, cuando todo lo restante del cuadro ha desaparecido: de estos es de quienes únicamente conviene ocuparse, pues los secundarios basta nombrarlos, en los intervalos que las grandes figuras van dejando entre sí. Sin embargo es esencial ir notando de paso las revoluciones ocurridas en el fondo y en la forma del pensamiento humano. He dicho *esencial* por hablar como los que se dan importancia y como los doctos, pues fuera de la religion y sus virtudes ¿qué puede haber de esencial en el mundo?

El primero de los cuatro Eduardos que subió al

trono de Inglaterra, dejó obras mas apreciadas que su memoria: hago mencion de ellas, preciso es reproducir la memoria de los reyes que pueden escribir sobre el *Apocalipsis*, la *verdadera ley de las monarquías libres*, y el *Regio Donativo* (*Basilicon Doron*). Si Jacobo I no se hubiese tomado tanta molestia en establecer el *derecho divino*, y en conquistar el título de *Sacra Magestad* no habria dado lugar á que se atribuyese á su desgraciado hijo la composición del *Icon Basilike*, ó *Basilicon Doron*.

De todas maneras esta obra merece un exámen particular: encierra curiosas noticias históricas y presenta bajo un nuevo aspecto á Jacobo I.

El *Donativo* ó *Presente régio* está dedicado á Enrique, hijo mayor de Jacobo. El rey en su dedicatoria al jóven príncipe le dice: «Me valgo de una antigua »traducción francesa, fiel é ingénuo, y á fin de que »esta instruccion no sea grabosa á vuestra memoria »la he dividido en tres partes. La primera es manifiesta »vuestro deber para con Dios como cristiano, la »segunda vuestro deber para con el pueblo como rey, »y la tercera os enseñará cómo debeis conducir os en »las cosas comunes y ordinarias de la vida, que no »son ni buenas, ni malas en sí mismas, sino atendido »el buen ó mal uso que se hace de ellas, y que sin »embargo contribuyan al aumento de vuestra reputación y autoridad si sabeis emplearlas discretamente.»

El rey se dirige en seguida al lector:

«Entre aquellas de mis acciones mas secretas, que »contra lo que yo esperaba han llegado á noticia del »público, debe contarse un escrito, que he denominado *Donativo régio*, porque lo dedicaba á mi hijo mayor, destinado por Dios, segun lo creo, á sentarse »en el trono después de mí.

«A fin de que ese escrito permaneciera oculto, le »exigí al impresor juramento de que no tiraria mas »que siete ejemplares para distribuirlos y hacerlos »guardar secretamente por siete de mis mas íntimos »servidores: de esta manera podia esperar que aun- »que el tiempo que todo lo destruye y consume, hiciera desaparecer los mas de aquellos ejemplares, »aun quedaria después de mi muerte alguno que diera »testimonio á mi hijo de la sinceridad de mi afecto y »del cuidado que he tenido de su educación.

«Mas, puesto que contra mi designio ese escrito, se »halla publicado por todas partes, y está sujeto á la »censura de todos (pudiéndolo cada cual juzgar á medida de su propia índole ó inclinaciones), me veo

»por último obligado á consentir su impresion.»

La primera parte de la obra, ó sea *Deberes de un rey cristiano para con Dios*, contiene cosas buenas pero comunes, el único pasage notable que en él se encuentra es el siguiente:

«He dicho que la conciencia es la depositaria de la religión. Es como un ojo que Dios ha puesto en el interior del hombre que sin cesar está velando sobre todos los actos de su vida, para darle placer y contento cuando obra bien, y un vivo pesar cuando por el contrario obra mal. Pues así como la conciencia sirve de tortura y de verdugo á los malvados, así se convierte en consuelo para los que proceden con rectitud.»

¿No es una ventaja tener en sí mismo durante nuestra vida un registro tan fiel de todos los pecados que han de servirnos de acusación en la hora de nuestra muerte, y en el juicio final?

«Conservad por lo tanto pura vuestra conciencia, hasta de las manchas é imperfecciones á que los hombres estan por la mayor parte sujetos: libradla de la estupidez que engendra el ateísmo, y de la superstición, madre de las herejías. La primera de estas dos cosas me parece comparable á una alma plagada de lepra, á una conciencia cauterizada, que ha perdido toda sensibilidad y está aletargada en el pecado. Por la segunda, esto es, por supersticiosos viendo los que se enlazan mutuamente para servir á Dios de un modo ó forma distinta de la que se dignó mandarnos por medio de su divina palabra.»

La segunda parte del *Régo donativo*, esto es, *Deberes de un rey en su cargo*, se abre con este bello exordio.

«Campeando en vos las dos cualidades de cristiano y de rey, preciso es que os esmereis en cumplir bien con los deberes que os imponen, á fin de que seáis un buen monarca como buen cristiano, gobernando con justicia y equidad, lo cual se conseguirá de dos maneras: la una estableciendo buenas leyes y haciéndolas cumplir, sin lo cual nada adelatariais, puesto que el cumplimiento es la vida de la ley, y la otra procurando que por vuestras costumbres y vuestra vida os propongais como perfecto modelo á vuestros vasallos, pues naturalmente el pueblo modela sus costumbres con arreglo á las del soberano; el poder y la influencia que las leyes ejercen sobre los pueblos no alcanza á lo que puede esperarse del buen ejemplo de los que estan encargados de su dirección.»

Jabobo parece un profeta de familia cuando escribe estos párrafos sobre la muerte de un buen rey y sobre la de un tirano.

«En primer lugar considerad la diferencia que hay entre un rey legítimo y un tirano, y de este modo comprenderéis mucho mejor cuál es vuestro deber; pues las cosas contrarias puestas en oposicion aparecen mas de relieve y se dejan ver con mas claridad. El primero (el rey legítimo) sabe que existe para su pueblo y que es responsable ante Dios del cargo y el gobierno que este le ha conferido. El otro (el tirano) piensa que el pueblo existe para él, es decir, para que le sirva en sus pasiones y apetitos desarreglados; ven una palabra, se imagina que el pueblo es su presa, y la tiranía fruto de su dominacion.»

Y si bien es cierto que hay algunos que la deslealtad de sus súbditos hace morir antes de tiempo (lo cual sucede rara vez), tampoco lo es menos que su reputacion vive despues de ellos, y que la deslealtad de aquellos malvados va siempre seguida del castigo en sus cuerpos, bienes y reputacion y que su infamia pasa á la posteridad. Mas por lo que hace al tirano arma con su mala vida, y provoca por último sus súbditos á convertirse en verdugos: y si bien la revolución por parte de estos nunca es laudable, era tan grande el hastío y el cansancio que el tirano cau-

»saba con sus arrebatos, que la mayor parte del pueblo no siente su caída, ni mucho menos sus vecinos. Por lo tanto ademas de la abominable memoria que el tirano deja en pos de sí en este mundo y de las penas eternas que le esperan en el otro, sucede con frecuencia que los autores de aquel asesinato salen impunes, y el hecho queda sancionado por las leyes y aprobado por la posteridad. Muy fácil os será pues, hijo mio; elegir entre esos dos modos de vivir el mejor y asegurar vuestra vida y vuestro estado marchando por el camino de la virtud, en cuyo caso aunque os sucediese algun infortunio, por lo menos seriais llorado de la gente de bien; vuestra vida mereceria aprobacion y la fragancia de vuestro nombre se extenderia á todo el mundo.»

Al hablar de los excesos que es preciso reprimir, Jacobo dice á su heredero:

«Puesto que tenéis la autoridad legitima de juez y soberano, no consintais que aquellos á quienes debeis el honor de vuestro origen, y que han ejercido dominio y autoridad sobre vuestra misma persona, sean difamados de nadie. Esto debeis hacer por vuestro propio interés y para que los venideros no os tratan sin consideracion como habeis consentido que se tratara á los antecesores.»

«Teniendo pues, el honor de traer vuestro origen de tan ilustres antepasados como lo son los principes de la cristiandad, reprimid la insolencia de los maldicientes que á pretexto de tachar un vicio en la persona, intentan maliciosamente tachar la raza y la familia entera para hacerla odiosa á la posteridad. ¿Qué amor podeis prometeros de los que quieren mal á vuestros padres? ¿Por qué razon hay tanto afan en destruir los lobeznos, y los cachorros de la raposa, sino por el odio que todo el mundo profesa á su malévolos raza? ¿Y por qué razon el potro de un corcel de Nápoles tiene en él mercado mas valor que el de un rocín, sino por el aprecio en que se tiene la raza de que procede? Monstruoso es en efecto ver que una persona aborrece al padre y ama á los hijos, y en verdad tampoco hay camino mas breve para hacer que el hijo sea despreciado que el difamar al padre y entregarlo al odio.»

En una palabra, hablo como amaestrado por mi propia experiencia, pues ademas de los juicios de Dios que he visto recaer sobre los principales autores de las conspiraciones tramadas contra mis padres y antecesores, puedo afirmar que no he encontrado servidores mas fieles ni afectos á mi persona, aun en lo mas crítico de mis apuros y aflicciones, que aquellos que les sirvieron lealmente hasta el fin, en particular á la reina mi madre. Hablo de aquellos que ya entonces se hallaban en la edad de la discrecion. Por lo tanto, hijo mio, descargo mi corazón y mi conciencia manifestándoos la verdad, y no me cuido de lo que diran ó pensaran los traidores, sus fautores ó cómplices.»

Estas enérgicas palabras demuestran que Jacobo fue calumniado por los que lo supusieron indiferente á la catástrofe de su madre, y tienen tanto mas mérito cuanto que aun no era rey de Inglaterra cuando las escribió. En Escocia le rodeaban los enemigos de María Estuardo, y aun vivia aquella Isabel cuyo trono estaba esperando.

El siguiente párrafo da una idea del estado de Escocia en aquella época.

«Esta cuestion me pone en el caso de hablar de los excesos y desolaciones que se cometen en lo alto del país de Escocia y en las fronteras. Allí hay que distinguir dos clases de hombres. Unos que son los que habitan en tierra-firme, presentan en medio de su groseria algun resto, ó apariencia de civilizacion. Otros, los que moran en las islas, son enteramente salvajes é incivilizados. Ejecutad rigurosamente mis ordenanzas respecto de estos hombres, de sus gefes y conductores y es de esperar que conseguireis domar-

»los. Por lo que nace á los otros, seguid tambien mi plan y mi designio de establecer colonias de gente civilizada en nuestra isla á fin de que se dulcifiquen las costumbres de aquellos bárbaros, ó bien transportadlos á otra parte. Mas por lo relativo á la frontera, considero supérfluo el seguiriendo dando instrucciones por cuanto sé que si no llegais á ser un día señor de toda la isla, segun por derecho de sucesion os corresponde, con dificultad vendreis á cabo de gozar tranquilamente esa parte septentrional que es la mas estéril y áspera. Mas si algun día llegais á ser señor de toda la isla, establecereis allí vuestro dominio lo mismo que en todo lo restante del país, pues en tal caso esa frontera vendrá á ser el centro de vuestro reino.»

La reforma de la religion se hizo en Escocia de un modo bastante extraordinario y por obra de Dios, no se verificó el cambio, así como en nuestros vecinos de Inglaterra en Dinamarca y otros varios puntos de Alemania con órden y por autorización del príncipe ó magistrado soberano. De esto resultó que varios espíritus turbulentos y sediciosos, en medio del desórden, adquirieron tal autoridad sobre el pueblo, que habiendo luego saboreado las dulzuras del mando, empezaron á simular entre ellos una forma de gobierno popular aprovechándose de las desgracias de mi abuela y posteriormente de la licencia ocasionada por mi larga minoria. Estos hombres adelantaron la obra de su imaginaria democracia, hasta el punto que para lo sucesivo no alimentaban ya mas esperanza que la de convertirse en tribunales del pueblo.»

Lo que Jacobo I dice en este pasage respecto de la cuestion puritana, explica la teoria de *derecho divino* que tan desgraciadamente hizo sostener en lo sucesivo. No habiendo visto mas resultados producidos por la soberania del pueblo que turbulencias y desolaciones se escudó en el *derecho divino*, y aun no se creia bastante seguro en el principio de la monarquía hereditaria.

Jacobo discurre tambien acerca de la nobleza, y examina sus defectos y cualidades. Un espíritu lleno de discrecion domina en el sistema del rey acerca de los cargos del Estado. Respecto de las clases industriales Jacobo se anticipa á las ideas de su siglo y quiere: *que se dé y se publique toda libertad de comercio á los extranjeros.*

Al hablar del matrimonio de los principes, el rey recomienda á su hijo la pureza y entre las instrucciones morales que le da sobre este particular campea un consejo político digno de atencion por su exactitud.

«Preciso es que atendais principalmente á las razones en que se funda la institucion del matrimonio, y todas las demás cosas os serán dadas como de añadidura. Esto me hace desear que tomeis una esposa que pertenezca exclusivamente á vuestra religion con tal que su rango y demás cualidades sean compatibles con vuestra dignidad y estado. Bien sé que desgraciadamente el número de grandes principes que profesan nuestra religion es pequeño, y que por lo tanto os será difícil seguir mi consejo mayormente si reflexionais en las siguientes dificultades. Siendo vos y vuestra esposa miembros de dos iglesias opuestas ¿cómo hareis para ser los dos una misma carne, y para profesaros la necesaria amistad? La diversidad de religiones trae tambien naturalmente consigo diversidad de costumbres: la division de vuestros pastores producirá division en vuestros súbditos, que no podrán menos de seguir el ejemplo de vuestra casa y familia, y de aqui nacerá la mala educacion de vuestros hijos. No presumais de poder manejar y arreglar una mujer á vuestras costumbres.—Salomon el mas sabio de todos los reyes se engañó y se dejó engañar por las mujeres: tened entendido que

»el don de perseverancia viene de Dios y no de nosotros.»

Si Carlos I hubiese seguido el consejo que Jacobo daba á Enrique, se habria ahorrado gran número de incomodidades.

Por lo demás el horror con que el rey de Escocia habla de ciertas depravaciones, me hace creer que hasta en ese punto ha sido mal juzgado: una palabra soldadesca de Enrique IV de Francia no puede tener autoridad histórica, ni mas significado que el de una exclamacion vulgar (*ventre-saint-gris*). El haberse abandonado á favoritos es prueba de debilidad; pero por sí sola no supone depravacion: el que está plagado de vicios vergonzosos, los oculta; mas no hace con cierto acento el elogio de las virtudes opuestas: el velo de las palabras no alcanzaria á cubrir el rubor de la frente.

La tercera parte del *Basilicon Doron*, de la conducta del rey en las cosas comunes é indiferentes agrada por su candidez. Jacobo da lecciones á su hijo sobre el modo de manifestar mas gracia y buenos modales en la mesa. «Enrique no debe ser goloso, ni gloton: los manjares que coma deben ser condimentados sin muchas salsas, porque tales composiciones y mescolanzas parecen mas bien formularios de botica que alimentos para comer, y porque su uso fue objeto de critica en la antigua Roma.» Enrique debe evitar la embriaguez, vicio que crece con la edad y no muere sino con la vida. «En vuestras comidas, hijo mio, tratad de no ser grosero ó asqueroso como un cinico, ni pulcro ó nimio como una novia; comed de un modo franco, varonil y decoroso. Sed igualmente parco en el dormir... y no hagais caso de sueños, ni de vanos presagios... Vuestro vestido debe ser modesto, no supérfluo como el de un disoluto, no mezquino y grosero como el de un miserable, no afeminadamente adornado, ni vistoso como el de un galan de la córte, no desmazelado y ordinario como el de un rústico, no abigarrado como el de un gendarme casqui-vano ó de un mozalbetes relamiado, no demasiado grave y sencillo como el de un clérigo... En tiempo de guerra procurad que vuestro vestido sea mas grave y vuestro ademán mas gallardo y resuelto. Sin embargo, todo eso sea sin llevar largo el cabello ni las uñas que no son mas que excrementos de la naturaleza.»

Por lo tocante á los juegos y ejercicios corporales Jacobo desea que su hijo proceda con buen acierto: para eso le recomienda la *carrera*, el *salto*, la *esgrima*, y la *pelota*. «Ejercitaos, hijo mio, en domar caballos altos, que son los mas fogosos, á fin de que pueda decirse de vos lo que Filipo decia de su hijo Alejandro: «La Macedonia es poca cosa para él.»

Jacobo permite á su hijo el ejercitarse en la caza particularmente en la que se hace con sabuesos que es la que le parece mas noble y adecuada á un príncipe. Por lo demás le aconseja que consulte á Jenofonte, autor antiguo y famoso, el cual dice Jacobo, «no habrá seguramente escrito para adularnos.»

«En vuestro lenguaje hijo mio, sigue el rey diciendos, cuidad de expresaros con franqueza, sencillez correcta y sentenciosamente, evitando los extremos de usar palabras demasiado vulgares, ó expresiones demasiado estudiadas, que trascienden á escrito-rio... Si vuestra imaginacion os induce á escribir en prosa, ó en verso, nada hallo reprehensible en que la ejerciteis; pero no emprendais obras muy largas, porque podrian distraeros de vuestra principal ocupacion.»

«Para escribir decorosamente conviene ante todo elegir un asunto digno de vos, lleno de virtud y no de vanidad, y al tratarlo procuraréis ser claro é inteligible en cuanto os sea dable. Si escribís en verso, acordaos que vuestros pensamientos sean tales, que aun puestos en prosa y sin la sonora cadencia de la

»prima; conserven en la riqueza de las ideas, y en la oportunidad de las comparaciones el esplendor y la gracia de la poesía: de aquí vereis que no todo el mérito de esta consiste en la dulzura y elegante combinación de las palabras. También os aconsejo que no escribais sino en vuestro propio idioma, pues sobre ser muy poco lo que ya puede decirse en griego ó en latín, correréis el riesgo de ser aventajado por cualquiera estudiante. Es también más decoroso para un soberano el adornar y enriquecer su propio idioma, en cuyo conocimiento debe aventajar como en todas las demás cosas honestas y recomendables á sus súbditos.»

Curiosos son estos últimos consejos: aquel rey autor que con tanto énfasis se expresaba ante sus parlamentos, se manifestaba lleno de tanta mesura como de buen gusto al hablar á su hijo. El final de la obra revela gran perspicacia: Jacobo está persuadido de que tarde ó temprano la reunión de Escocia é Inglaterra producirán un poderoso imperio.

Si me he extendido tanto sobre esa producción de Jacobo, consiste en que la considero como casi olvidada en la actualidad; pues nadie la conoce más que por medio de uno de esos juicios que se escriben para los que no leen por los que no han leído. Voltaire ojeaba todos los libros, sin tomarse tiempo para estudiarlos: por eso lanzó al mundo una multitud de opiniones que pudieran llamarse de *primera vista*, adoptadas por parte de la pereza y la ignorancia. Si alguna vez el autor del *Ensayo sobre las costumbres*, discurre con exactitud, es porque adivina. Así es como de siglo en siglo cosas evidentemente falsas han pasado siendo creídas y repetidas como artículos de fe, llegando por último á adquirir una especie de verdad y una autenticidad de mentira que nada puede destruir.

Enrique, (daño me hace el escribir ese nombre), aquel joven príncipe á quien estaba dedicado ese libro, murió en la edad de diez y ocho años. Si hubiese vivido, Carlos I no hubiera reinado; las revoluciones de 1649 y 1688 no habrían tenido lugar, ni la revolución francesa habría producido las mismas consecuencias. Sin el precedente de la ejecución de Carlos I, tal vez á nadie se le habría ocurrido en Francia el llevar á Luis XVI al patíbulo: el mundo había cambiado.

Esas reflexiones que pueden presentarse con motivo de todas las catástrofes históricas, son vanas. En los anales de los pueblos hay siempre un instante en que si tal cosa no hubiese sucedido, si tal hombre hubiese ó no hubiese muerto, si tal medida no hubiese sido tomada, ni tal falta cometida, nada de lo que sucedió habría sucedido. Pero Dios ha dispuesto que los hombres nazcan con el carácter adecuado á los sucesos que han de producir: Luis XVI pudo salvarse cien veces, y no se salvó solo porque era Luis XVI. Puerilidad es por lo tanto el lamentarse de accidentes que están destinados á producir indispensables consecuencias: á cada paso que damos en la vida se nos aparecen en lontananza mil objetos diversos, mil hechos futuros que se están realizando delante de nosotros; sin embargo, todo está comprendido en un solo horizonte, en la extensión del porvenir.

RALEIGH.—COWLEY.

Jacobo I mató al famoso Walter Raleigh: es leída la historia universal por causa de ese mismo Señor Walter: hay autores que dan vida á sus libros, así como hay libros que eternizan el nombre de sus autores.

Cowley en el orden de los poetas, viene inmediatamente después de Shakespeare si bien nació en una época posterior á Milton: sus opiniones políticas fueron realistas, escribió para el teatro y compuso

poemas, sátiras y elegías. Abunda en rasgos de imaginación; sus versos, según se dice, son poco armónicos, y su estilo, aunque amanerado con sobrada frecuencia, es sin embargo más natural y correcto que el de sus antecesores.

Cowley es constante enemigo de la Francia: desde Surrey hasta lord Byron apenas habrá acaso un escritor inglés que no insulte el nombre, el carácter y el genio francés. Los escritores de este país con una imparcialidad y abnegación admirables, aceptan el ultraje, y confesando su inferioridad, celebran á son de trompeta á todos los autores de ultramar, nacidos ó por nacer, grandes ó pequeños, machos ó hembras.

En su poema de la Guerra civil, Cowley exclama:

It was not so, when Edward prov'd his cause,  
By a sword stronger than the salique laws,  
.....; when the French did fight,  
With women's hearts, against the women's right.

«No sucedía así cuando Eduardo sostenía su causa con una espada más fuerte que la ley sálica, cuando los franceses combatían con el corazón de mujer contra los derechos de las mujeres.»

¡El rey Juan, Charny, Ribeaumont, Beaumanoir, los treinta Bretones, Duguesclin, Clisson y otros cien mil tenían el corazón de mujer!

Ninguno de los hombres que han dado esplendor á la Gran Bretaña, me cautiva más la atención que lord Falkland: mil veces he deseado haber sido ese completo modelo de luces, de generosidad y de independencia, y no haber aparecido jamás en la tierra con mi propio nombre y forma. Dolado del triple talento de la literatura, de las armas y la política; fiel á las Musas bajo la tienda de campaña, y á la libertad en palacio; consagrado enteramente al servicio de un rey desgraciado, sin dejar de comprender por eso las faltas de ese monarca, Falkland dejó un recuerdo mezclado de melancolía y de admiración. Los versos que Cowley le dirigió al volver de una expedición militar, son nobles y verdaderos: el poeta principia enumerando las virtudes y talentos de su héroe, y luego añade:

Such is the man whom we require the same  
We lend the north; untouched, as is his fame.  
He his too good for war, and ought to be  
As far from danger, as from fear he's free.  
Those men alone  
Whose valour is the only art they know,  
Were for sad war and bloody battles born;  
Let them the state defend, and he adorn.

«Hé aquí el hombre que pedimos á los escoceses, tal como se lo hemos prestado, exento de manchas como su gloria. Demasiado bueno para la guerra, debe mantenerse á tan larga distancia del peligro, como él lo está del temor. Los guerreros cuyo valor es el único arte... han nacido para la triste guerra, y las sangrientas batallas: defiendan esos al Estado y Falkland lo ennoblezca.»

¡Vanos deseos! la vida en medio de las desgracias de su país llegó á hacerse pesada para el amigo de las Musas. Echábase de ver la tristeza de su alma hasta en el descuido del traje. Durante la mañana de la primera batalla de Naseby se adivinó su determinación de morir cuando le vieron cambiar de vestido: adornóse como para un día de gala, y al mudarse de ropa blanca dijo sonriendo: no quiero que se encuentre mi cuerpo envuelto en un lienzo sucio: preveo grandes males: pero yo me libraré de ellos antes de concluirse la jornada. Púsose en primera fila del regimiento de lord Byron, y allí una bala de la libertad, que amaba, le absolvió del juramento del honor de que era esclavo.

Consérvanse algunos discursos y algunos versos de Falkland, y como secretario de Estado de Carlos I

EL ABATE DE LAMENAIS.

También la revolución francesa ha producido escritores que han columbrado la libertad en la religión: en este terreno no es dudosa la superioridad de los autores franceses. En los campos de la cruz es donde el abate Laménais se inspiró de aquel interés tan tierno para toda la naturaleza humana y en especial para las clases trabajadoras pobres y afligidas: marchando con Cristo por aquellos caminos, viendo los párvulos reunidos á los pies del Salvador del mundo, encontró la poesía del Evangelio. ¿No se diría que el cuadro siguiente es una parábola sacada del sermón de la Montaña?

«Era una noche de invierno. El viento silbaba en lo exterior y la nieve blanqueaba los tejados.

»Bajo uno de esos tejados, en un estrecho aposento estaban sentadas trabajando con sus manos una mujer de cabellos blancos y una joven.

»De cuando en cuando la anciana calentaba sus pálidas manos arrimándolas á un brasero. Una lámpara de barro iluminaba esa pobre morada, y un rayo de la lámpara venía á espirar en una imagen de la Virgen colgada de la pared.

»La joven levantando los ojos miró silenciosamente á la mujer de cabellos blancos, y luego le dijo: madre mía, no siempre os habeis visto en un estado tan miserable.

»Había en aquella voz una suavidad y una ternura indefinibles.

»La mujer de cabellos blancos contestó: Hija mía, Dios es el autor de todas las cosas: lo que Dios hace, bien hecho está.

»Dichas estas palabras, guardó silencio por algún tiempo y luego volvió á decir:

»Cuando perdí tu padre sentí una aflicción que imaginé que nunca alcanzaría consuelo: sin embargo, vi que me quedabas en el mundo, y ya no sentí más que una cosa.

»Después he pensado que si él viviera y nos viese en esta miseria, su corazón se quebrantaría: entonces comprendí que Dios había sido bueno para con él.

»La joven nada contestó, pero bajó la cabeza y algunas lágrimas que procuraba ocultar cayeron sobre el lienzo que tenía en las manos.»

La madre siguió diciendo: «Dios, que fue bueno para con él, lo ha sido también para con nosotras, ¿qué nos ha faltado á nosotras en tanto que á otros les ha faltado todo?»

»Cierto es que hemos tenido que reducirnos á muy poca cosa y que aun esta la hemos tenido que ganar con nuestro trabajo; pero ¿no hemos pasado? ¿No hemos nacido todos condenados á vivir de nuestro trabajo?»

»Dios en su bondad nos ha dado el pan de cada día; ¿cuántos hay que no lo tienen! Nos ha dado un asilo; ¿cuántos hay que no saben dónde guarecerse! ¿A mí me ha dado una hija como tú! ¿De qué me he de quejar?»

A estas palabras la joven enteramente conmovida se dejó caer en las rodillas de la madre, cogió sus manos, las besó y ocultó el rostro bañado de lágrimas en el seno de la anciana.

Y la madre haciendo un esfuerzo para levantar la voz, la dijo: «Hija mía, hija mía la dicha no consiste en tener mucho, sino en esperar mucho y amar mucho.»

»Nuestra esperanza no se funda aquí en este mundo, ni nuestro amor tampoco; si existe aquí abajo no es más que de un modo muy pasajero.

»Tú me haces veces de todo en este mundo después de Dios; pero este mundo se desvanece como un sueño y por eso nuestro amor debe elevarse con nosotros hacia otro mundo.»

redactó con Clarendon las proclamas reales. También ayudó á Chilling Worth en su *Historia del Protestantismo*.

La Biblia traducida en parte bajo Enrique VIII, lo fue en su totalidad en tiempo de Jacobo II por los cuarenta y siete sabios; este último trabajo es una obra maestra. Los autores de esta inmensa obra hicieron para la lengua inglesa lo que Lutero hizo para el alemán, y lo que los escritores en tiempo de Luis XIII para el idioma francés: lo fijaron.

ESCRITOS POLÍTICOS EN TIEMPO DE CARLOS I Y DE CROMWELL.

Buscar la literatura en tiempos de tempestad es pedir un asilo á esos valles tranquilos que la imaginación de los poetas suele colocar en la orilla de los mares: mas si no hay algún número benéfico que le conduzca á uno á esas moradas, es muy fácil verse impelido por otros espíritus al centro de la tempestad. La política sube á la tripode y se convierte en sibila: abundan folletos, libelos y versos satíricos impregnados de odio, y escritos con la sangre de las facciones políticas. Las guerras civiles de Inglaterra hicieron circular en abundancia deplorables producciones.

Uno de aquellos fanáticos que Burler ha entregado al ridículo, exclamaba:

«An alarm to all flesh, etc.  
»Howle, bowle, shriek, bawland roar, ye lustfull,  
»cursing, swearing, drunken, lewd, superstitions,  
»devilish, sensual, earthly inhabitants of the whole  
»earth; bow, bow you most surly trees and lofty  
»oaks; ye tall cedars and low shrubs, cry out aloud;  
»hear, hear ye, proud waves, and boistrous seas; al-  
»so listen, ye uncircumcised, stiff-necked and mad-  
»raging bubbles, who even hate to be reformed.»

«Alarma á toda la carne etc.

»Ahullad, ahullad, gritad, rugid, rugid, oh vosotros libidinosos, malditos, blasfemos, ébrios, impuros, supersticiosos, diabólicos, sensuales, habitantes terrestres de la tierra. Encoravos, encoravos, oh vosotros árboles muy desdenosos, y vosotras encinas elevadas, altos cedros y pequeños arbustos, gritad con todas vuestras fuerzas; oid, oid, olas orgullosas, y vosotros, mares indomables, oid también vosotros incircuncisos, espuma dura, desnuda y rabiosa que aborreceis la reforma.»

Los poetas seguían los pasos de los oradores.

Dear friend J. C., with true unfeigned love  
I thee salute. ....  
..... dear friend; a member jointly kni  
To all if Christ, in heavenly places sit;  
And there, to friends no stranger would I be,  
For truly, friend, I dearly love and own  
All travelling souls, who truly sigh and groan  
For the adoption which sets free from sin, etc.

«Querido amigo Jesu Cristo te saludo con un amor sin reserva... Querido amigo, yo miembro conjuntamente unido á todos en Jesu Cristo que está sentado en los celestiales lugares. Allí no seré extraño entre los amigos; amo tiernamente y lo confieso á las almas viajeras que suspiran y gimen verdaderamente por la adopción que redime los pecados.»

No era mucho más sublime la elocuencia de Cromwell si se juzga por sus discursos oscuros y sus cartas difusas. Su poesía consistía en los hechos y en su espada: fue poeta al contemplar á Carlos I en su féretro. Su musa según él decía era aquella mujer que se le apareció en su infancia y le anunció una corona.